

Armand Mattelart y Érik Neveu

Introducción a los estudios culturales

Título original: *Introduction aux Cultural Studies*
Publicado en francés, en 2003, por Éditions La Découverte, París

Traducción de Gilles Multigner

Cubierta de Mario Eskenazi

Nuestro agradecimiento al equipo de redacción de Réseaux.

Gracias también a Marie-Claire Sabin, que ha conseguido reunir un fondo documental sobre los estudios culturales en el IEP de Rennes.

cultura Libre

Esta obra se benefició del P.A.P. GARCÍA LORCA, Programa de Publicación del Servicio de Cooperación y de Acción Cultural de la Embajada de Francia en España y del Ministerio francés de Asuntos Exteriores

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2003 Éditions La Découverte, París
© 2004 de la traducción, Gilles Multigner
© 2004 de todas las ediciones en castellano
Ediciones Paidós Ibérica, S. A.,
Mariano Cubí, 92 - 08021 Barcelona
<http://www.paidos.com>

ISBN: 84-493-1543-3
Depósito legal: B. 4.642/2004

Impreso en Hurope, S.L.,
Lima, 3
08030 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain

Sumario

Introducción	13
Las metamorfosis de una corriente de investigación	15
Pensar en lo cultural	17
1. La crítica cultural de la sociedad burguesa	19
«Culture and Society» en la Inglaterra del siglo XIX	20
Carlyle: el hombre de letras como héroe e intelectual de la modernidad	20
Patrimonio literario y romanticismo	21
[El antiindustrialismo y la crítica del vínculo mercantil]	23
Arnold: la cultura como servicio público	25
La cultura para civilizar	26
La política de la «anglitud»	28
[Morris: una estética para una nueva sociedad posible]	30
La consagración académica de los <i>English Studies</i>	32
Leavis, o la soberanía del texto	32

<i>Scrutiny</i> y la relación con la «cultura de masas»	33
Entre la masa y la clase ¿qué público hay que elegir?	35
En los orígenes de los estudios culturales: los padres fundadores	36
Hoggart: la cotidianidad de la <i>working class</i>	36
[<i>Pandaemonium</i> : el imaginario técnico]	37
Williams y Thompson: una historia material de la cultura	38
[Richard Hoggart (1918-)]	39
El anclaje social de una empresa político-intelectual	42
Marginalidades y solidaridades	44
2. Los años Birmingham (1964-1980): la primavera de los estudios culturales	47
La invención de los estudios culturales	48
El CCCS	48
[Stuart Hall]	50
Reconsideración de las sociabilidades y de las culturas populares	52
[«Subculturas» y significado de los estilos de vida]	54
Expansión y coherencia de las problemáticas	56
La mancha de aceite de lo cultural	56
Género y «raza»: nuevas alteridades	57
Los refractarios: pasado/presente	58
Las circulaciones de la teoría	61
Dominaciones y resistencias	61
La teoría como objeto de importación	63
[Superar el marxismo... ¿con el marxismo?]	65
Hipotecas y aciertos	68
Un distanciamiento costoso para la sociología	68
¿Ahorrarse la economía?	69
[Legitimismo, populismo y miserabilismo]	70
Materialismo cultural y tropismo textual	72

[<i>Policing the Crisis</i> . Las ambivalencias de una investigación de referencia]	74
La ecuación de la fecundidad	76
3. Las ambivalencias de los campos de estudio de la recepción	79
¿Giro o reescritura de la historia?	79
El hilo etnográfico de los estudios culturales	79
Comprender la recepción de los medios	81
Giro epistemológico, giro político	82
¿Hacia la sociedad posfordista?	82
[Los estudios de la recepción televisual: un paisaje diversificado]	83
La erosión de las identidades	87
[Estudios feministas y medios]	88
Relevos y revisiones	93
Giros generacionales	93
[¿Hacia el fin de la polarización de las identidades?]	95
Las derivas de la relación sin complejo con el medio	96
Convergencias	98
Tratados de paz	98
[Michel de Certeau y los estudios culturales]	100
Reajustar los balances autocomplacientes	101
[«Usos y gratificaciones»]	102
4. Internacionalización y crisis de los estudios culturales	107
El <i>big-bang</i>	108
La revancha de los <i>polytechnics</i>	108
Las condiciones sociales de una difusión	108
La aceleración de los años noventa	110
[Los departamentos universitarios de inglés y la mundialización de los estudios culturales]	113
Las «excepciones culturales»	114
Asincronías	114
Francia, alumna recalcitrante	116

Los <i>Estudios Culturales</i> : una contribución propia de Latinoamérica	118
De los <i>Cultural Studies</i> a los <i>Estudios Culturales Latinoamericanos</i>	120
La expansión temática	122
¡Siempre más lejos!	122
¡Siempre más arriba!	124
[La inflación de las revistas]	125
El desligamiento del compromiso de los investigadores	126
La política en levitación	126
El teoricismo elegante e impactante como suceso de compromiso	129
El <i>crac</i> rampante	131
Metadiscurso y deriva «textualista»	131
[El asunto Sokal- <i>Social Text</i>]	132
El efecto Babel	135
5. Las condiciones de una renovación	137
¿Cuál ha sido el legado de los años de expansión?	138
Una década de «ciencia normal»	138
La profundización de los estudios de recepción	139
Los estudios poscoloniales: cuestionar el <i>logos</i> occidental	141
Cuestionar las mitologías de la era global	143
Lógicas de simplificación	143
El consumidor rey, héroe de la posmodernidad	147
Las pequeñas historias	148
[¿Madonna-logía?]	151
Explorar nuevas interdisciplinaridades	152
Inmigraciones, diásporas, mixtos culturales	152
[El multiculturalismo como ideología]	155
La geografía cultural como apertura	156
Conclusión	159
Bibliografía	163
Índice de nombres	173

Introducción

La noción de cultura es una de las que, dentro de las ciencias sociales, han suscitado los trabajos más abundantes y también los más contradictorios. El término tan pronto puede referirse a un panteón de grandes obras «legítimas» como adquirir un sentido más antropológico, para englobar las formas de vivir, sentir y pensar propias de un grupo social (Cuche, 1996).¹ *La Gioconda* y la sociabilidad que se apodera de los asistentes a un partido de fútbol servirían para ilustrar esos dos polos. La idea de una cultura «legítima» también implica una segunda oposición, esta vez entre las obras consagradas y aquellas que pertenecen a la denominada «cultura de masas», producida por las «industrias culturales». Proust frente a Mary Higgins Clark, Shostakovich frente a las canciones de Michael Jackson.

1. Las referencias entre paréntesis remiten a la bibliografía que figura al final de la obra [los números de página indicados son los de los originales consultados por los autores, no los de las obras traducidas, en su caso, al castellano (*N. del t.*)].

La forma de reflexionar sobre las culturas, de articularlas, también es tributaria de las tradiciones nacionales. América Latina ha prestado mucha atención a las mediaciones entre culturas populares y producción cultural de masas. Mencionado a veces como «Estado cultural», el Estado francés ha desempeñado, desde hace siglos, un papel destacado en el desarrollo y la difusión de una cultura erudita, mediante la escuela, las academias e, incluso, la televisión durante los años sesenta. Literatura y filosofía se han beneficiado de una preeminencia simbolizada por la figura del «autor». La importancia que esta cultura erudita tiene para la constitución misma de la identidad francesa explica en cierta medida la defensa de la «excepción cultural» a cargo de los gobiernos franceses en los debates de la Organización Mundial del Comercio, lo mismo que la vieja aversión de los intelectuales franceses a la hora de emprender un estudio serio de los productos de la cultura «de masas».

La audiencia y el prestigio de estas tradiciones nacionales están muy contrastados. Francia se ha propuesto convertir su cultura científica y los trabajos que sustentan su teoría en una contribución con valor universal. La aportación alemana también ha tenido una amplia difusión, ya se trate de Humboldt o de Herder, en el siglo XIX, o de la Escuela de Frankfurt, en el siglo XX. En Italia, el pensamiento gramsciano sobre la construcción de la hegemonía ha ayudado a reconfigurar los análisis del vínculo entre cultura(s) popular(es), pueblo e intelectuales. En el ámbito socioantropológico, también sobresale la precoz aportación de los investigadores norteamericanos, desde Margaret Mead hasta Clifford Geertz, a través de la Escuela de Chicago. En Francia, curiosamente, aunque la contribución británica a la producción de obras de cultura legítima goza de un amplio reconocimiento, las reflexiones procedentes del Reino Unido y relativas al estatuto de la cultura y a su significado son mayoritariamente desconocidas. Esta ignorancia, en el umbral del siglo XXI, resulta paradójica toda vez que una tradición reciente, consagrada con el marchamo de *Cultural Studies* (estudios culturales), inspira en casi todo el plane-

ta un flujo sin igual de trabajos y de teorías sobre el estatuto contemporáneo de la cultura.

LAS METAMORFOSIS DE UNA CORRIENTE DE INVESTIGACIÓN

¿Qué hay detrás de este marchamo? Tiene sus antecedentes en el siglo XIX. Generalmente asociada a un pragmatismo alérgico a los esquemas teóricos, la Inglaterra industrial, no obstante, pudo observar entonces cómo se desarrollaba un original debate sobre la cultura, entendida como instrumento de reorganización de una sociedad trastornada por el maquinismo, y de «civilización» de los grupos sociales emergentes, como argamasa de una conciencia nacional. Ese debate, que encuentra entonces su equivalente en el mundo intelectual de la mayoría de los países de Europa, será el origen, al término de la Segunda Guerra Mundial, de una empresa original. La aparición de los estudios culturales puede calificarse entonces de paradigma, de debate teórico coherente. Se trata de considerar la cultura en sentido amplio, antropológico, de pasar de una reflexión centrada en el vínculo cultura-nación a un enfoque de la cultura de los grupos sociales. Aunque permanece sujeta a una dimensión política, el meollo de la cuestión consiste entonces en comprender de qué manera la cultura de un grupo, y sobre todo la de las clases populares, funciona como rechazo del orden social o, a la inversa, como forma de adhesión a las relaciones de poder.

Los años setenta verán la expansión de estas temáticas. La Escuela de Birmingham explora las culturas jóvenes y obreras, los contenidos y la recepción de los medios. Algunos historiadores exhuman las manifestaciones de múltiples resistencias populares. Estas investigaciones tienen un carácter especialmente precursor toda vez que aún habrá que esperar unos veinte años para que surja en Francia, gracias a la iniciativa de algunos investigadores como Marc Augé, una «antropología de los mundos contemporáneos» (1994) que se aventura por el metro, los parques de atracciones, los aeropuertos,

los «no lugares». Esta antropología recupera para las llamadas sociedades complejas las herramientas de observación de las culturas reservadas hasta entonces para las sociedades «primitivas».

Lo que al principio no era más que un foco marginal de investigación, entre el mundo universitario y las redes de la nueva izquierda británica, experimentará a partir de 1980 una expansión considerable. Los trabajos se extienden gradualmente a los factores culturales relativos al «género», a la «etnicidad» y al conjunto de las prácticas consumistas. Adquieren una notoriedad planetaria. Pero esta expansión viene acompañada de rupturas. Los rebeldes de ayer ocupan parcelas de poder en el mundo académico. Deudora del marxismo, su inspiración teórica ha de hacer frente a la devaluación de este enfoque y enfrentarse al auge de nuevas ideologías y teorías, a los efectos de los cambios sociales; es decir, a la revalorización del sujeto, a la rehabilitación de los placeres ligados al consumo de medios, al ascenso de las visiones neoliberales, a la aceleración de la circulación mundial de bienes culturales. Aunque los estudios culturales siguen siendo un paradigma, éste ya no es el mismo de los orígenes. A partir de entonces ponen de relieve la capacidad crítica de los consumidores, cuestionan nuevamente el papel central de la clase social como factor explicativo, con el fin de reevaluar los de la edad, el género o las identidades étnicas.

Impulsados por la dinámica del éxito alcanzado, que se refleja, concretamente, en una inflación de revistas, libros y manuales, así como en la creación, en un creciente número de países, de departamentos de estudios culturales, sufrirán nuevas variaciones. Éstas se traducen en la incesante expansión de su territorio, que abarca temas tratados hasta entonces por diversas ciencias sociales y humanas, tales como consumo, moda, identidades sexuales, museos, turismo o literatura. En lo sucesivo, los partidarios más radicales de estas investigaciones reivindicarán el estatuto de una «antidisciplina». El término señala el rechazo de los fraccionamientos disciplinares y de las especializaciones, la voluntad de combinar las aportacio-

nes y los cuestionamientos resultantes de conocimientos híbridos, la convicción de que la mayoría de los retos del mundo contemporáneo ganan al ser cuestionados a través del prisma de lo cultural. La iniciativa tiene el mérito de alterar los efectos de encerramiento ligados a la hiperespecialización. Sin embargo, plantea algunos interrogantes. La palabra disciplina también significa seriedad, control, respeto de las reglas. ¿Cómo recusar las disciplinas —en su acepción de especialidades— sin liberarse simultáneamente de la disciplina —en su acepción de rigor en el trabajo y en los métodos— que puede ser su cara positiva?

PENSAR EN LO CULTURAL

Se impone, pues, un enfoque cronológico por la propia naturaleza de un campo de investigación caracterizado por sus mutaciones: vaivenes en los cuestionamientos, institucionalización en el mundo académico, expansión planetaria. Esta «introducción» apunta hacia cuatro objetivos.

El primero es el de restituir trabajos y debates. De rebote, se trata de poner fin a un provincialismo francés que hace fruncir el entrecejo ante la mera enunciación del misterioso término de estudios culturales. Si bien los trabajos procedentes de esta joven tradición han de ser debatidos, objetados a veces, su desconocimiento resulta chocante, tanto en razón de sus aportaciones como por el hecho de que constituyen el soporte de una parte esencial de los debates científicos contemporáneos sobre la cultura.

Esta obra también se propone introducir dos cuestionamientos que se refieren a todas las ciencias sociales. Pretende recordar que un compromiso crítico de los investigadores —si se somete a los controles organizados de una comunidad científica— no es una concesión a una visión anticuada del intelectual comprometido, ni tampoco un obstáculo al conocimiento, pero puede constituir el motor de una comprensión de los hechos sociales. En una época en la que investigadores e

intelectuales son invitados a comportarse como expertos e ingenieros de lo social, en respuesta a las demandas de los poderes, en la que un empirismo instrumental se aprestaría a descalificar los planteamientos sobre las condiciones de producción del saber, una lectura genealógica no puede sino reintroducir cuestiones esenciales.

Esta deconstrucción de un legado de investigación abre el camino a un último objetivo: comprender las metamorfosis de la noción de cultura en el último medio siglo, replantear tanto los modos de funcionamiento de la cultura en la era de la mundialización como los riesgos de una visión de la sociedad reducida a un calidoscopio de flujos culturales, hasta olvidar que nuestras sociedades también se rigen mediante relaciones económicas y políticas, un armazón social que no se reduce a las series televisadas de éxito ni al impacto de los *reality shows*.

1. La crítica cultural de la sociedad burguesa

En el transcurso del siglo XIX, hace su aparición en Gran Bretaña una tradición de pensamiento conocida con el nombre de «Culture and Society» y difundida por las figuras intelectuales del humanismo romántico. Más allá de sus diferencias ideológicas, comparten la denuncia de los estragos de la «vida mecanizada» bajo los efectos de la «civilización moderna». La identidad nacional se enfrenta entonces al triunfo de una *middle class* que ha descalificado el arte por considerarlo un ornamento no rentable, la pérdida de influencia de la aristocracia hereditaria y la irrupción de las clases populares. El concepto de cultura se convierte en la piedra de toque de una filosofía política y moral. La literatura se convierte en su símbolo y en su transmisor. Se da por supuesto que la frecuentación de las obras podrá modificar el horizonte de sensibilidad de una sociedad encadenada a la ideología del «hecho». Hacia finales de siglo, la creencia en el poder purificador de la «creación imaginaria» para difundir los valores cívicos entre las clases emergentes encuentra su campo de aplicación privile-

yeran a un conocimiento acumulativo, a una teoría general de la cultura y de la sociedad anclada en las carnes de lo social.

Para escapar a una inexorable depreciación, los estudios culturales tienen que volver a plantearse las preguntas que se habían formulado durante los años setenta: ¿dónde se encuentran actualmente las conexiones interdisciplinarias productivas? ¿Cómo puede convertirse el compromiso en un motor y no en una amenaza para el trabajo intelectual? También tienen que afrontar retos inéditos: la gestión de los riesgos vinculados a una institucionalización exitosa, las preguntas sobre lo que ha cambiado en la economía y en el estatus de lo cultural.

5. Las condiciones de una renovación

El estado de los estudios culturales puede suscitar preguntas brutales. ¿Tiene todavía interés esta corriente? ¿Hay que hacerle una introducción o una necrología?

El enorme y verboso flujo de emulación textualista no debería ocultar el dinamismo real de investigaciones más inventivas. Contribuyen al conocimiento de las culturas contemporáneas; concretan los efectos de variables de género o de pertenencia comunitaria, la complejidad de los mecanismos de recepción. También se alegrará que una mejor consideración del estatuto de la cultura en la llamada era «global», que una reflexión más centrada en la correcta articulación entre lo global y lo local, entre grandes retos y pequeños objetos, pueden proporcionarle apoyos más sólidos a un análisis de lo cultural. Algunos trabajos recientes sobre los territorios, sobre las diásporas, supieron tomar buena nota de ello y establecer vínculos inéditos entre disciplinas.

¿Cuál ha sido el legado de los años de expansión?

UNA DÉCADA DE «CIENCIA NORMAL»

Marjorie Ferguson (1997) estima en unos trescientos los libros catalogados como estudios culturales, publicados durante los años noventa. El florecimiento de las revistas de este género sugiere un número de artículos entre diez y veinte veces superior. La impresión que produce este paisaje es la de un creciente distanciamiento entre el flujo de textos y la rareza de las contribuciones que constituyen referencias duraderas.

En su análisis de las revoluciones científicas, Thomas Kuhn propone la noción de «ciencia normal» para designar los momentos en que una disciplina científica vive sobre un conjunto compartido de marcos interpretativos y de cuestionamientos que asocia a la noción de paradigma. Estos períodos —que se oponen estructuralmente a los momentos de efervescencia y replanteamiento de las revoluciones científicas— a menudo están marcados por una suerte de ley de los rendimientos decrecientes. Los terrenos y las cuestiones que un momento de ruptura ha permitido identificar, ver desde otro ángulo, terminan gradualmente por suministrar todo lo que podían suministrar, lo que de ellos podían sacar las herramientas propias del paradigma invocado. Tras los avances iniciales, estos períodos pueden ofrecer profundizaciones, aunque raras veces son inventivos.

Esta descripción se aplica a los estudios culturales de los años noventa. Marjorie Ferguson y Peter Golding (1997) facilitan un ejemplo explícito. La cuarta parte de los títulos disponibles en el catálogo de los principales editores anglófonos son balances y síntesis, en otras palabras, libros que se interesan por el estado de la disciplina, bien en forma de replanteamiento crítico de derivas, bien en la de llamamiento para acentuar las evoluciones, valorando, la mayoría de las veces, el universo de las teorías «pos»moderna, colonial o estructuralista. La considerable importancia de estos libros y coloquios de balances ha logrado abrir un espacio de debates. Compila-

ciones colectivas, libros inspirados por una mirada genealógica (Brantlinger, 1990; Davies, 1995) o relecturas críticas (Morley, 1992) ilustran una reflexividad estimulante. Pero el flujo de los balances de etapa sugiere aún más el embalsamamiento hagiográfico, el retorno narcisista sobre una gesta, la machacona repetición de debates más abstractos que teóricos.

La investigación anglófona sobre lo cultural atraviesa pues períodos de estancamiento. Pero aunque las grandes obras surgidas de una exitosa articulación de la encuesta con la teorización se enrarecen, la aportación de los años de difusión no es inexistente.

LA PROFUNDIZACIÓN DE LOS ESTUDIOS DE RECEPCIÓN

Aunque no es exclusivamente obra de especialistas en estudios culturales, el trabajo sobre la recepción sigue siendo dinámico. Fruto de éste es uno de los escasos grandes libros del período, *Reading the Romance*, que la norteamericana Janice Radway dedica a las lectoras de novelas «rosa». Se reclama explícitamente de Birmingham y de la aportación de investigadoras como Brunson, Hobson y McRobbie. Les toma en préstamo, y a la vez, los interrogantes sobre los impactos ideológicos de los bienes culturales, un planteamiento etnografizante (entrevistas en profundidad con unas cincuenta lectoras, observación de una librería especializada) y sobre todo un gran interés por las propiedades formales de los relatos, por sus matrices narrativas. Una de las principales aportaciones de este trabajo es la de sacar a la luz, sin complacencia ni descrédito denunciador, las polaridades contradictorias de estas lecturas, el espacio de las posibles percepciones. Al escenificar a menudo papeles masculinos y femeninos convenidos, al dar preferencia a las figuras del príncipe encantado, estas novelas participan en la reproducción de las relaciones sociales tradicionales entre hombres y mujeres. Debido a que su lectura a menudo es vivida como una suspensión o una conquista del tiempo frente a las rutinas domésticas, debido a que los relatos

también son apropiables como el reconocimiento de cualidades emocionales o relacionales femeninas, como otros tantos modelos en los que las mujeres consiguen domesticar lo masculino, estas novelas de amor funcionan también como herramientas de valoración identitaria. Pueden reforzar (*empower*) a sus lectoras en la distanciación respecto de valores patriarcales. Al preguntarle a un conjunto de lectoras sobre las novelas que les gustan y las que les decepcionan, Radway también pone en evidencia la sutileza de la competencia de las lectoras asiduas en el dominio práctico de los códigos del género, su capacidad reflexiva frente a las convenciones, la agudeza de su lectura que permite, por ejemplo, que las más expertas identifiquen a los autores varones que producen con seudónimo femenino. Raras veces un trabajo sobre recepción ha sabido restituir más delicadamente, sin gargarismos políticos, el contenido de la idea de competencia del receptor. Aun cuando la variable del género suele pasar por alto la consideración de las diferencias sociales, el estudio articula perfectamente las propiedades más formales del texto (montaje del relato, contenidos, estilo) y las modalidades de las recepciones. Las conclusiones de Radway son prudentes, hasta renunciar a cualquier evaluación mensurable de los efectos ideológicos de estos relatos. Sólo hacen énfasis en dos puntos: estas novelas no pueden reducirse a un intento de alienación de las mujeres ni a formas irrisorias o mecánicas de producciones culturales. El uso efectivo que de ellas hacen las mujeres puede ser el de «microdeclaraciones de independencia» en cuanto a su relación con el tiempo doméstico, a la valoración de sus capacidades, a las convenciones patriarcales. Más recientemente, la obra colectiva publicada bajo la dirección de Charlotte Brunsdon, Julie d'Acci y Lynn Spigel (1997) pone de manifiesto la riqueza de los debates que tienen lugar, entre las feministas, a propósito de los géneros destinados a los públicos femeninos en particular (M. Mattelart, 2003).

El avance de los trabajos sobre recepción también se ha materializado en la sensibilidad de los análisis ante un creciente número de materiales y de parámetros gracias, concre-

tamente, a los investigadores escandinavos. El sueco Peter Dahlgren (1998) utiliza las conversaciones sobre televisión como soporte de sus investigaciones. El noruego Jostein Gripsrud (1995) establece la relación entre lo micro y lo macro a la vez que se interroga sobre la recepción de *Dinastía* y sobre su dispositivo de producción, que intenta maximizar las audiencias al anticipar los gustos de los receptores a través de los formatos. El danés Kim Christian Schrøder (2000) propone, a partir de un trabajo sobre pequeños grupos de receptores, combinar seis criterios para avanzar hacia un mejor entendimiento de las complejas dimensiones de la idea de recepción. La motivación designa el grado de apetito, de atracción por consumir un texto o un programa. La comprensión mide la concordancia entre el sentido codificado y el que se percibe. La noción de discriminación introduce un parámetro relativo a la familiaridad de los receptores con las gramáticas propias del medio, los juegos de intertextualidad que puede movilizar (por ejemplo, la comprensión de un determinado *sketch* de los «guiñoles» supone conocer el anuncio que parodia). El posicionamiento se interesa por el grado de aquiescencia del receptor con el mensaje tal como lo ha percibido, y se completa con una noción de evaluación que intenta comprender los significados de este posicionamiento toda vez que la irritación ante un folletín o una emisión puede surgir por razones contradictorias. Por último, la variable de realización intenta explorar la existencia de efectos e influencias de una recepción en los comportamientos y actitudes.

LOS ESTUDIOS POSCOLONIALES: CUESTIONAR EL LOGOS OCCIDENTAL

Desde los años ochenta se ha constituido un extenso campo de estudios en torno a las llamadas culturas subalternas o poscoloniales (las de los grupos «minoritarios», de los colonizados de ayer). Desplazan la mirada de la «racionalidad de la razón» hacia otro nivel de racionalidad, la de las acciones

afectivas, las emociones y las sensibilidades. Contribuyen a sustraer las visiones del mundo de la influencia del universalismo del *logos* occidental. Este descentramiento ha corrido paralelo a la rehabilitación de las sensibilidades indisociables de los lugares, de las situaciones geoculturales en las que se ventila la tensión entre lo nacional y la esfera transnacional. Esta primacía de lo afectivo ha llevado a que los enfoques de la diversidad cultural se interroguen sobre el vínculo entre identificación geocultural y pensamiento teórico, entre producción y transformación de conocimientos. Ha permitido contextualizar el poderoso deseo que se experimenta en numerosos países del Sur de construir modos de pensamiento más adecuados para expresar las propias realidades. Según escribe un antropólogo latinoamericano que enseña en Estados Unidos, «el tercer mundo no sólo produce culturas para que sean estudiadas por antropólogos y etnohistoriadores, sino intelectuales que generan teorías y reflexionan sobre su propia cultura y su propia historia» (Mignolo, 1996). Este posicionamiento epistemológico guarda relación con la crítica de la asimetría de los intercambios. Ignorada por los estudios culturales sobre cultura de masas, la historia ha reaparecido por mediación de los estudios culturales en el ámbito de la literatura, que han optado por remontar el *mainstream* a contracorriente para abordar la construcción de la condición subalterna en el tablero mundial. Una nueva generación de investigadores ha comenzado a cuestionar los imaginarios oficiales de las identidades y las historias nacionales, a buscar «identidades secretas» negadas (Beverley, 1999; Solomianski, 2003).

Estos estudios poscoloniales se han desarrollado a partir de las cuestiones recogidas en las últimas grandes compilaciones del CCCS (1982). Basándose en los escritos de Martin Luther King y del martiniqués Frantz Fanon sobre los «condenados de la tierra», Paul Gilroy es uno de los autores más significativos de esta línea de estudios. Su contribución en *There Ain't no Black in the Union Jack* (1987) reacciona ante el riesgo, advertido ya por Hedbige, de etnocentrismo en los trabajos sobre la cultura. Con otros investigadores negros británicos (Mercer,

1994), explora los estilos de vida (sexualidad, estilos capilares) y las creaciones artísticas (música, cine) de las comunidades negras o asiáticas del Reino Unido. *Black Atlantic* (Gilroy, 1993) exhuma la historia secular y rechazada de las circulaciones humanas, de los mestizajes culturales, de las obras producidas por creadores negros en un espacio migratorio que enlaza África, la América caribeña y la del Norte y Europa. Estos fogonazos destacan la importancia de una diáspora negra y de las influencias culturales que ejerce. Gilroy también discute los fundamentos y las rutinas moralizadoras de numerosos discursos antirracistas. Subraya sobre todo la metamorfosis del racismo de finales de siglo, que a menudo rechaza cualquier idea de jerarquía biológica o genética entre grupos para luego reintroducirlas inmediatamente, so pretexto de un reconocimiento positivo de «diferencias» culturales que no tardan en reconvertirse en jerarquía de las creatividades, o en obstáculos irremediables para una convivencia, para una comunidad imaginada como enlace de poblaciones procedentes de culturas que se consideran inconciliables (*Les Temps modernes*, 1991).

Estos trabajos reproducen los interrogantes sobre la pluralización de las identidades, la coherencia identitaria de los individuos y los grupos. ¿Cabe imaginar que las diásporas relacionadas con las migraciones constituyen un «nosotros»? ¿Con qué singularidades? Simétricamente, ¿cómo opera la estructuración del «yo» de los agentes sociales marcados por complejas combinatorias de fuertes principios identitarios: británico musulmán de origen pakistaní, francés expatriado desde hace mucho tiempo en África o en Estados Unidos, inmigrantes turcos o bosnios?

Cuestionar las mitologías de la era global

LÓGICAS DE SIMPLIFICACIÓN

Frente a un planeta cuya complejidad no es sólo un cómodo eslogan, los estudios culturales han aceptado los desafíos

de lo transnacional valiéndose de una inflación de metadisursos (y de metáforas), en detrimento de la búsqueda de una teoría de dicha complejidad. Presas de los condicionamientos del tiempo corto, del tiempo de lo desechable, sin otro horizonte que el de la descodificación del presente en el que todo parece estar en juego, los estudios culturales se han desviado de la pregunta sobre el sentido del orden social y productivo que se gesta a escala mundial. En este terreno, la concepción del espacio comunicacional mundial reviste una dimensión estratégica. El paso de la internacionalización de los medios a la velocidad superior les ha proporcionado nuevos objetos de investigación, al mismo tiempo que les ha permitido extender su imperio al globo. Su salida de la insularidad británica obedece en gran parte a trabajos sobre *Dallas* o *Dinastía*.

¿Paradoja? Sí, porque apenas si se les ha oído expresarse antes sobre el asunto en lo más arduo de los grandes debates políticos entablados sobre las industrias culturales en las instancias de la Comunidad Europea o en el transcurso de los pulsos mantenidos en el seno de la UNESCO entre el movimiento de países no alineados y los grandes países industriales con el fin de reequilibrar los flujos culturales y de información mundiales. En el umbral del siglo XXI, los estudios culturales se han convertido en referencias obligadas de este organismo de las Naciones Unidas al que, en 1946, le fueron asignadas «la educación, la ciencia y la cultura» como campo de competencias. En el prólogo del *Informe sobre la cultura* del año 2000, subtítulo «Diversidad cultural, conflicto y pluralismo», sus autores se reclaman del «análisis cultural, una nueva óptica de investigación elaborada esencialmente en la Universidad de Birmingham, y de los estudios étnicos llevados a cabo en Estados Unidos de América así como en otros países». Su aportación, que, según esta publicación, reside en la percepción de la «cultura como lugar de protesta», «lugar de negociación» ha abierto el camino a una nueva mirada política. Contraste: desde los años ochenta, las prerrogativas de la UNESCO, su influencia en la toma de decisiones en materia cultural, no han dejado de encogerse en beneficio de institu-

ciones comerciales o técnicas como la Organización Mundial de Comercio (OMC) o la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT). No parece que la UNESCO se haya resistido a este despojo toda vez que ha renunciado a la oferta que le hiciera el jefe de Estado y el gobierno francés de debatir acerca de la repatriación de las negociaciones sobre la cultura hacia su hemisferio.

Caracterizar el espacio mundial no es empresa fácil. Ya lo decía el historiador Fernand Braudel, quien en el umbral de sus extensos trabajos sobre las nociones de «economía-mundo» y de «tiempo del mundo», le recordaba al lector: «Pues bien, como en todos los debates serios, las palabras son los reyes». En la travesía de las fronteras efectuada por los estudios culturales, ha aparecido un nuevo punto de encuentro: la «globalización», una palabra que se encuentra hasta la saciedad entre los autores más diversos, y cuya difusión y relajados usos la convierten en una nueva trampa para incautos. La literatura anglosajona, por cierto, habla irónicamente de *globaloney* —que podría traducirse por «globalerías»— para evocar la manera con que este debate esencial degenera en figura obligada de un metadiscurso vanguardista. Los últimos libros del sociólogo británico Anthony Giddens, su penetración por numerosos países, su influencia en los estudios culturales, constituyen un testimonio de estas tendencias. El éxito de esta sociología, que mezcla centones de referencias, léxico de lo global y de lo «post» y uso parsimonioso del terreno y de las fuentes primarias, se explica en gran parte por el factor moda de sus objetos y por el hecho de que puede ser leída sin necesidad de un gran bagaje sociológico. Es sintomático que estos montajes teóricos desemboquen en el encargo de un informe por el gobierno y en la celebración de la tercera vía blairista. Casi todo, en lo sucesivo, es «global», *global event*, «acontecimiento global». El último que llega se lleva la apuesta de todas las palabras que históricamente han designado la esfera de los intercambios entre las distintas economías y las diversas culturas: universal, internacional, cosmopolita, mundial, planetario, transnacional.

Desde el desencadenamiento de los procesos de desregulación, los estudios culturales han patentado el léxico de lo global sin el menor inventario, interrogación o sospecha sobre la ambivalencia y las ambigüedades de un anglicismo que se propagará a la velocidad de la luz hacia las lenguas del mundo entero: el colmo para una tradición intelectual que ha convertido el acoso del discurso en su especialidad. Matriz de una serie de nociones fetiche, la globalización planta un decorado sin profundidad sociológica. Nueva paradoja: los tenores de los estudios culturales enseñan no muy lejos de los lugares de enunciación de esta neolengua. Se trata de las redes de la geografía, emblema de un mercado global totalmente fluido a raíz del *big-bang* bursátil de la City en 1984. Se trata, una vez más, de las redes publicitarias autobautizadas como globales. El ejemplo perfecto es Saatchi and Saatchi que, al mismo tiempo que gestiona las campañas electorales de Margaret Thatcher y la publicidad institucional de su gobierno, populariza, flanqueado por consultores procedentes de la Harvard Business School y de la revista del mismo nombre, una doctrina sobre la «cultura global» y el *global democratic marketplace*, destinada al gran público y, sobre todo, con vistas a convencer a la Bolsa y a los accionistas de los fondos de pensión de lo acertado de su estrategia de concentración y diversificación a escala del globo.

El lenguaje académico ha resultado permeable a las fórmulas de choque y a los tópicos de las técnicas de gestión. La emulación global ha corrido pareja a la apropiación del término «glocalisation», que se supone ha de expresar la dialéctica fragmentación/globalización. Lo cierto es que este término procede directamente de las teorías japonesas del *management* posfordista. Los primeros en utilizarlo fueron los expertos en marketing para referirse a la «segmentación» de los objetivos o partición de grandes segmentos transfronterizos de «comunidades de consumidores» que comparten los mismos «socioestilos», los mismos modelos de consumo.

EL CONSUMIDOR REY, HÉROE DE LA POSMODERNIDAD

Una de las mayores paradojas de la evolución vanguardista de los estudios culturales reside en las convergencias contra natura entre sus problemáticas y las de los «evangelistas del mercado» y sus *think tanks* neoliberales como el Adam Smith Institute, en Inglaterra (Dixon, 1998). Estas instituciones, cuya finalidad es la de desarrollar una reflexión susceptible de influir en las políticas públicas, han contribuido explícitamente al éxito de la sociedad prometida por la «revolución neoliberal», ese proyecto de nuevo orden en el que el mercado se convierte en el árbitro esencial de todas las transacciones.

La fascinación de los estudios culturales por la figura del consumidor ha relegado la del ciudadano a segundo término. Habiendo pagado por ello el alto precio de la pérdida de distancia crítica, esta deriva ha removido las prohibiciones que impedían el libre flujo entre la oferta de conocimientos científicos y la demanda de gestores del *global democratic marketplace*. El radicalismo teórico no ha protegido a los estudios culturales de los requerimientos de los publicitarios, empresarios o administraciones en busca de herramientas de control de lo social para la conquista de nuevos mercados y audiencias. La doctrina librecambista de la «soberanía absoluta del consumidor» se ha visto reflejada en el perfil de un telespectador que se ha vuelto autónomo gracias a su intangible poder de determinar el sentido de los programas. En cuanto a la problemática de la producción de identidades, ha desbordado la cuestión de la nación, el género, la raza y la etnia para invadir la investigación administrativa en materia de cultura de empresa, de *ethos* de las grandes organizaciones (Gay, 1996).

La marginación del ciudadano por el consumidor se ha llevado a cabo a expensas de la interrogación sobre los actores de la producción, el mercado, el Estado y la descomposición/recomposición del Estado nación, pero también sobre el nuevo estatuto del consumo, cada vez más integrado en las matrices industriales del posfordismo. El propio consumo se convierte en producción de informaciones para el productor. El relieve

que gradualmente adquiere el término «sociedad civil» también expresa esa necesidad de una «caja negra», que oculte la miseria de un vacío de problematizaciones. Mitificada como espacio liberado de diversidad, de pluralización de las identidades fragmentadas, esta sociedad civil parece la antítesis del Estado-nación-Leviatán en vías de extinción. Ese «culto de la sociedad civil» (Meiksins Wood, en Milliband y Panitch, 1990) deslegitima el principio mismo de políticas públicas voluntaristas y el proyecto de reformulación de las políticas culturales y de comunicación a escala nacional e internacional. El enclaustramiento del acto de resistencia en el acto de consumo y el enaltecimiento ingenuo de la «sociedad de la información» dejan en la penumbra el análisis de los grupos económicos, profesiones y actores cuyas interacciones configuran los usos y arquitecturas de las tecnologías de la comunicación y la información.

LAS PEQUEÑAS HISTORIAS

Otra paradoja de los estudios culturales: su expansión hacia objetos extremadamente variados se ha visto acompañada de un interés decreciente por los retos centrales de los procesos de producción de bienes culturales: industrias culturales, políticas públicas en la materia, sociología del trabajo de los mundos de la cultura, peso de la historia. El mejor conocimiento, bien apreciable, que surge del interés por los elementos más diversos del mosaico de lo cultural, tiene como contrapartida la obsesión por el pequeño objeto, por la trivialidad de las pequeñas historias en la amnesia de los mecanismos sociales que determinan su producción.

La cultura, especialmente pero no sólo en Francia, también es objeto de políticas públicas. Pueden tomar la forma de las iniciativas de Malraux en lo relativo a casas de cultura, desarrollo de redes digitales o precio único del libro. También existen a escala internacional a través de los debates sobre la excepción cultural o las reglamentaciones de la difusión de

la televisión por satélite. El debate recurrente sobre «democratización cultural» dice bastante sobre lo que está en juego en estas políticas. No obstante, aunque existen trabajos acerca de estas cuestiones esenciales, se desarrollan en el ámbito de la ciencia política, la sociología de la cultura o las ciencias de la comunicación, pero no emanan —o ni siquiera son invocados— sino muy raras veces de los estudios culturales, hasta tal punto que puede buscarse en vano una obra de referencia en la materia que forme parte de su producción. Dentro del paisaje universitario estadounidense, los trabajos de George Yúdice sobre los nuevos usos de la cultura como «recurso» en la llamada era global constituyen una de las muy escasas y estimulantes excepciones que confirman la regla de la tendencia dominante (Yúdice, 2002).

Esta lista de abonados ausentes de la reflexión también puede formar parte de lo que puede calificarse de sociología del trabajo cultural: análisis morfológicos de los productores culturales, nacimiento y recomposición de profesiones, modalidades de la división del trabajo. Al combinar una investigación sobre las áreas de formación, la distribución de roles entre hombres y mujeres, numerosas entrevistas con profesionales y un análisis de las tensiones entre creatividad artística e imperativos comerciales, el trabajo de Angela McRobbie (1998) sobre el mundo social de los creadores y empresas británicas de moda indumentaria constituye una notable excepción dentro de lo que constituye otra laguna en el grueso de la literatura.

El proyecto de historia social también está olvidado. A pesar de algunas contribuciones como la de Gilroy (1993), los estudios culturales sólo pudieron considerar que el doble movimiento de unificación del mundo y de heterogeneidad cultural se remontaba, como mucho, a una o dos décadas. Sin embargo, se trata de un proceso inscrito en la larga duración del desarrollo capitalista que, a través de las asimetrías, las supervivencias, las maniobras de diversión o las regresiones, lo mismo se construye en los imaginarios que en la realidad desde que los europeos han llevado a cabo su «toma del mundo» con la conquista de las Américas, momento en que se inicia el proyecto

universalista de la modernidad occidental. (A. Mattelart, 1999). Como recordaba el historiador Marc Ferro (1999), «se impone la idea de que hemos entrado en una nueva era histórica, la de la mundialización. ¿Pero acaso no se trata de una mera ilusión óptica? Porque el movimiento de unificación del mundo surgió muy anteriormente, aun cuando recientemente se haya extendido y desarrollado a un ritmo acelerado». Sabemos que los pioneros de las ciencias humanas y sociales como Durkheim, Mauss, Tarde y luego Elias ya hacían énfasis en la larga duración que opera en la mundialización de los intercambios materiales y simbólicos, en la diversidad de las culturas.

El proceso incoado por el posmodernismo al «pecado historiográfico de la modernidad» corona las percepciones ajenas al tiempo y al espacio del momento presente. Reducida a un lenguaje, a una «representación», a la «narrativización» de la inmediatez del acontecimiento, la historia se aplana en provecho de microobjetos (Barbie, Madonna, McDonald's), de «pequeñas historias» que nos negamos a jerarquizar e integrar en un discurso de conjunto. A semejanza de otras categorías posmodernas de lo «trivial», de lo «débil», de lo «ligero», que valen tanto para el concepto como para la conducta o la elección de los objetos de la observación empírica (cuando subsiste), lo «pequeño» invita a dejar los «argumentos fuertes» en manos del macrosujeto autoritario. Al decretar el fin de las categorías abstractas (Pueblo, Nación, Estado, Clase, Capital, etc.) y de los esquemas de interpretación dualistas (opresor/oprimido, centro/periferia, etc.), la herramienta conceptual posmoderna ha rechazado de su horizonte etnocéntrico —y por decirlo todo, de clase media emblemática de una «globalización» y de una «cultura global» de dos velocidades— la visión del planeta y de su historia como «sistema barroco» (Merleau-Ponty). Un planeta en el que las lógicas asimétricas hacen que coexistan y se interpenetren las formas antiguas de la opresión, de la humillación y de la explotación y las nuevas formas de hegemonía y de control social en la era digital, las supervivencias de formas experimentadas de reivindicación y rebelión contra los poderes y las dinámicas innovadoras de la

¿Madonna-logía?

«Some boys kiss me, some boys miss me
I think they are OK
But it's the boy with cold, hard cash
Who makes my rainy day
Refrain: For we're living in a material world
And I'm a material girl.»

(*Material Girl*)

Icono de la diversidad internacional, la cantante Madonna es objeto de una proliferación de libros, textos, cursos y coloquios, hasta tal punto que puede ironizarse sobre el nacimiento de una Madonna-logía (lo mismo que de una Diana-logía). Comoquiera que hemos escrito sobre el Pato Donald (Dorfman y Mattelart, 1971) y las aventuras de SAS (Neveu, 1985), somos poco sospechosos de legitimismo. Unos «pequeños» objetos culturales, especialmente cuando se consumen masivamente, pueden desembocar en «grandes» cuestiones. La estrategia en este sentido supone un riguroso trabajo de investigación y el análisis de contenidos, lógicas de producción, difusión y recepción, especialmente en lo que concierne a sus posibles impactos ideológicos. En el caso de Madonna, la retórica científica más usual consiste por encima de todo en aplicar sobre datos empíricos superficiales un corpus de referencias teóricas sobredimensionadas cuyo resultado oscila entre vaga generalidad y énfasis barroco.

Desde 1989 John Fiske viene sosteniendo que si, a través de sus puestas en escena y de sus textos, Madonna puede dar la impresión de que transmite la imagen de una mujer que se ajusta al modelo «hegemónico» de un «capitalismo patriarcal», el potencial crítico de los admiradores acaba convirtiendo las obras de la artista en el ámbito de una «lucha semiótica» capaz de desviar y deconstruir

estas representaciones. La palma de la sofisticación se la lleva sin duda Joseph Roach (1994), que relaciona los textos de Madonna con una obra de teatro inglesa del siglo xvii para deslindar continuidades y rupturas en la visión de la condición femenina. La canción *Material Girl*, analizada anteriormente por varios madonnólogos, es el principal objeto de sus comentarios. Basándose nada menos que en Lévi-Strauss, Mauss, Braudel y la antropología feminista, el autor destaca entonces el sentido de estas palabras en relación con la función social del intercambio de las mujeres, con la economía del vínculo conyugal.

Aunque algunos autores, como Douglas Kellner, se preguntan por el impacto de Madonna en materia de promoción comercial de modas indumentarias o cosméticas, la tendencia dominante de estos trabajos consiste en poner de relieve, bien a través de las prestaciones de la cantante, bien a través de las reacciones de sus *fans*, un factor subversivo. En *Outlaw Culture* (1994), bell hooks ve en sus transgresiones de las fronteras entre estereotipos femeninos y masculinos un apoyo objetivo de Madonna a las feministas. Otros, más atrevidos, consideran que «rechaza el corazón de las *epistemes* burguesas» (*sic*)... subversión por la que Time Warner habría autorizado una inversión de 60 millones de dólares por los derechos sobre la obra de la artista.

desobediencia civil en la era de los movimientos sociales y de sus movilizaciones reticulares.

Explorar nuevas interdisciplinaridades

INMIGRACIONES, DIÁSPORAS, MIXTOS CULTURALES

Las dimensiones culturales del desarraigo y de la movilidad espacial unidos a la inmigración o a una creciente frag-

mentación de los espacios de vida constituyen probablemente uno de los ámbitos de invención y progreso del conocimiento. Uno de los únicos, también, en los que el programa de investigaciones de Birmingham se sigue respetando: investigaciones y etnografías en profundidad, sensibilidad enfática, aunque no encomiástica, ante las culturas populares, cuestionamiento acerca de sus consecuencias políticas, aun cuando la marginación de las referencias marxistas hace que en este caso el léxico de resistencia y subversión se desplace hacia ciudadanía y espacio público.

La cuestión de las diásporas, de las inmigraciones y de la movilidad espacial es esencial toda vez que permite un enfoque concreto de las formas y efectos de la mundialización y facilita a los investigadores el acceso a un campo que permite otras cosas que no sean análisis de textos. También es un espacio de confrontación con nuevas mitologías sociales. La hidra del «multiculturalismo» es uno de los casos más relevantes.

Los trabajos sobre las diásporas se han multiplicado desde los años noventa. Por no citar más que un ejemplo, las investigaciones dirigidas por Kevin Robins (2001), en colaboración con la investigadora turca Asu Aksoy (2000), sobre la forma con que los inmigrantes turcos combinan la utilización de los propios medios de comunicación de su país de acogida con el seguimiento, a través de las cadenas por satélite, de programas emitidos desde la madre patria, son especialmente estimulantes. Aksoy y Robins observan en los discursos suscitados por la difusión de redes turcófonas en Alemania y en el Reino Unido las dos polaridades de la vulgata multiculturalista: la denuncia de una oferta que termina por encerrar a los turcos en un gueto comunitario, la percepción más positiva de que estos medios van a ser el vínculo de una comunidad imaginada, de una diáspora turca. Las entrevistas confirmarán la vacuidad de estas representaciones. El examen de la oferta muestra en primer lugar que, lejos de expresar una «turquedad» monolítica, las cadenas vía satélite (que comenzaron emitiendo ilegalmente hacia Turquía) han sido el origen, al contrario, de una total conmoción del modelo oficial, kemalista,

de identidad turca, al escenificar la diversidad religiosa, cultural o lingüística (kurdos); en resumen, yendo radicalmente en sentido contrario a la cosificación de una comunidad que se tenía por homogénea. Las prácticas de los inmigrantes también dejan en mal lugar a los apriorismos multiculturalistas. A lo largo de auténticos recorridos de socialización, el peso de los medios turcos y el de los países de acogida varía en proporciones enormes. Los más asiduos ante las redes turcas también pueden ser los más críticos por el brillo de sus lentejuelas; otros turcos dicen estar fascinados por la cadena Channel Four. Otra turca interrogada en Londres admite que mira las cadenas turcas y nunca las británicas. ¿Acaso sería cautiva de una burbuja cultural turcófona? No, toda vez que lee asiduamente la prensa escrita inglesa y se relaciona principalmente con británicos. Sin negar sus aportaciones, Robins y Aksoy invitan a guardar las distancias respecto de nociones tales como «comunidad imaginada» o «identidades» si suponen una forma de coherencia impuesta, con una clara dominante cultural. Lo que se convierte en un reto es la exploración de «espacios mentales», de los desplazamientos, de las construcciones de refugios identitarios que oscilan entre uno y otro universo cultural, los combinan, los compartimentan, operaciones todas estas ajenas al monocultivo de la identidad o de las inversiones culturales. También es ese mismo filón, «lugar, espacio e identidad en un mundo mediatizado», el que exploran los trabajos más recientes de Morley (2001). Este último cuestiona, a su vez, las reacciones que suscitan las migraciones y la movilidad espacial, ya sea porque adopten la forma de «pánicos identitarios» entre los que se alarman por esa mezcla llegada de fuera, o porque se trate de la relación vivida con esa movilidad. Invita a sustituir los riesgos de un exceso de homogeneidad que pueden sugerir las numerosas visiones de la identidad por un enfoque comprensivo de las «pertenencias» plurales de los agentes sociales y a reflexionar sobre las hibridaciones culturales.

El multiculturalismo como ideología

La creciente heterogeneidad de los modelos culturales que estimula el desarrollo de la movilidad espacial y de las comunidades inmigradas y su copresencia en el espacio urbano han contribuido al éxito de la correosa noción de «multiculturalismo». En América del Norte hace referencia sobre todo a una idea de respeto a las culturas de las minorías o de los inmigrantes, a las políticas públicas en este sentido (Constant, 2000). En Francia, paradójicamente, consigue suscitar la animosidad de los partidarios de una conservadora identidad cultural francesa, al mismo tiempo que la de los intelectuales de izquierda apegados al universalismo del modelo republicano, al rechazo de un «comunitarismo» que sería típico del mundo anglosajón.

Aunque indica uno de los retos prácticos de la mundialización, esta noción blanda es más engañosa que clarificadora, tanto si se trata de reivindicarla como si es motivo de alarma. En un inventario de los elementos de la «vulgata planetaria», los sociólogos Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant (2000) critican ese «multiculturalismo norteamericano» y su exportación a lo largo y ancho del mundo: «No se trata de un concepto, ni de una teoría, ni de un movimiento social o político, sino que pretende ser todo eso a la vez. Es un discurso pantalla cuyo estatuto intelectual es el resultado de un gigantesco efecto de *alodoxia* (el hecho de tomar una cosa por otra) nacional e internacional que engaña tanto a los que son como a los que no son». Este discurso pantalla padece tres vicios: el «grupismo», que «cosifica las divisiones sociales canonizadas por la burocracia estatal como principio de conocimiento y reivindicación política»; el «populismo», que «sustituye el análisis de las estructuras y de los mecanismos de dominación por el “enaltecimiento de la cultura de los dominados y de su ‘punto de vista’

elevado al rango de prototeoría en acto»; el «moralismo», «que se opone a la aplicación de un sano materialismo racional en el análisis del mundo social y económico y condena en este caso a un debate sin fin y sin efectos sobre el necesario “reconocimiento de las identidades”, mientras que, en la triste realidad de todos los días, el problema no se plantea en modo alguno a ese nivel», sino en las desigualdades prácticas de acceso al sistema escolar, al trabajo, a la atención médica.

En un trabajo sobre las polémicas en torno al «multiculturalismo» y los fantasmas de la «latinización» cultural de Estados Unidos, el politólogo James Cohen (2000) sugiere por su parte el aspecto irracional de una visión de las culturas de la inmigración (*latinos* en Estados Unidos) como caballos de Troya de una amenazante alteridad cultural: «Por pasarnos de la raya al plantear la cuestión *latina* como un asunto de “diversidad cultural”, nos olvidamos de que el principal caldo de cultivo de las tensiones sociales y políticas del mañana será el fulgurante desarrollo de la precariedad socioeconómica entre los millones de *latinos* que se agrupan por barrios desde Los Ángeles a Nueva York».

LA GEOGRAFÍA CULTURAL COMO APERTURA

La invitación de Aksoy y Robins a considerar espacios mentales es tomada al pie de la letra en el auge de los intercambios entre geógrafos y especialistas de estudios culturales. Algunos investigadores anglófonos han contribuido a un proceso internacional de aproximación entre geografía y ciencias sociales, al desarrollar una geografía humana que no se limitaba a una demografía ni a una morfología de los hábitats para reflexionar sobre la articulación entre relaciones sociales y estructuras espaciales (Gregory y Urry, 1985). Este filón de investigación ha tenido un importante desarrollo en los últimos

diez años. Los trabajos pueden versar sobre el modo de apropiación del espacio urbano —el de las ciudades occidentales, pero también el de las megalópolis de los sures— y su funcionamiento como recurso o como lastre para determinados grupos étnicos o categorías de edad. También se refieren a la forma en que la terciarización de los empleos, la desvitalización de las industrias tradicionales, el alto aburguesamiento de los centros urbanos recomponen las sociabilidades y afectan a los estilos de vida. En ese horizonte también es en el que se inscribe parte de los trabajos más innovadores. Cabe mencionar a John Urry y su original forma de plantear «una mirada de turista» (1990) sobre el mundo urbano y los paisajes. Destaca la omnipresencia y la institucionalización de filtros y de modos de percepción que sobrecargan culturalmente hasta los paisajes urbanos o naturales más corrientes y transforman la cotidianidad en un gran jeroglífico en el que puede identificarse a *Germinal* y a la historia obrera detrás de los eriales industriales de un pozo de carbón abandonado o buscarse a Swann y a la Literatura con mayúscula por las calles sin encanto de Illiers, rebautizado como Combray. Las obras innovadoras no se limitan únicamente a las temáticas aquí enumeradas, como lo demuestra el trabajo de Gartman (1994) sobre una historia del diseño automovilístico en Estados Unidos, que también es una historia de los fantasmas sociales que simboliza el automóvil. La socióloga Sharon Zukin (1995) explora, por su parte, las relaciones entre cultura y ciudad. La apertura de un museo, los modelos de acondicionamiento del espacio de los parques Disney, la sociabilidad propia de los artistas, el comercio de los bienes culturales ponen de relieve en este caso las maneras muy concretas que tienen de modelar el espacio urbano.

La insistencia en la calidad de estos focos de renovación también implica una confesión: aunque pueden escribir en las revistas de estudios culturales, ¡la mayoría de los autores mencionados aquí no reivindican o han dejado de reivindicar el estatus de miembro de la tribu! Se observa una paradójica falta de coincidencia. Por un lado, gran parte de los investigadores

que se reclaman de los estudios culturales se afanan, a cambio, a veces, de descaradas reescrituras de la historia, en rechazar parte de la genealogía de la disciplina, en revalorizar un elitismo teorístico y una orientación hacia los textos contra los que se había manifestado este movimiento. Simétricamente, a otros investigadores les repugna identificarse con unos estudios culturales cuyas evoluciones, desde entonces, convierten al patrocinio en algo enojoso. Y una de las revistas que hoy en día producen, a la vez, contribuciones muy cercanas a los objetos y al espíritu de Birmingham y una crítica acerba sobre las derivas de los estudios culturales (Storper, 2001) es el *International Journal of Urban and Regional Research*, producido por politólogos, sociólogos y geógrafos.

Todo ocurre como si, en contra de las derivas y efectos de institucionalización de los estudios culturales, se impusiera un cierto distanciamiento respecto de éstos con el fin de preservar un proyecto crítico atento a los retos sociales y políticos de lo cultural. Sin embargo, no debe exagerarse la explicación a través del campo académico. ¿Detrás de las preguntas sobre quién habla de lo cultural? ¿Desde dónde? ¿Cómo? Finalmente, todo el estatuto contemporáneo de la cultura es el que tiene que cuestionarse.

Conclusión

Aunque la reivindicación de la mirada cultural podía suponer todavía la exclusividad de una visión crítica de la sociedad durante la edad de oro de los estudios culturales, no ocurre lo mismo en el alba del siglo XXI. La atención dispensada a la dimensión cultural del proceso de integración mundial y de los fenómenos de disociación que constituyen el reverso es cosa de actores tan diversos que el significado de la cultura como instrumento de pensamiento libre, como técnica de defensa contra todas las formas simbólicas de presión y de abusos de poder, se ha convertido en algo secundario, cuando no marginal. Se ha impuesto poco a poco una noción de cultura instrumental, funcional, en relación con la necesidad de regulación social del nuevo orden mundial bajo la égida de los nuevos imperativos de la gestión simbólica de los ciudadanos y de los consumidores por los estados y las grandes unidades económicas. Esta colisión permanente del sentido hace que cualquier enfoque de la cultura, de las culturas y de su diversidad resulte profundamente ambiguo.

Al desplazarse desde la UNESCO hacia la OMC, los debates sobre la cultura y la legitimidad de las políticas culturales se han inclinado por el área de las negociaciones sobre los «servicios». La cuestión del estatuto de las mercancías culturales pertenecerá, en lo sucesivo, al ámbito de la geopolítica y de la geoeconomía. Durante este trayecto, la noción de «diversidad cultural» se ha metamorfoseado en pluralidad de oferta de productos y servicios en un mercado mundial competitivo, técnicamente preparado para producir diversidad en el seno mismo de la estandarización de masas. Eso es lo que le permitió a Jean-Marie Messier, el ex dirigente de Vivendi-Universal, convertirse, en 2001, en paladín de la «diversidad cultural» y azote de la excepción cultural.

Las redes e industrias de la cultura y de la comunicación están en el origen de nuevas formas de construcción de la hegemonía. Por eso es por lo que los conflictos en torno a la excepción cultural, el derecho moral de los autores, la «gobernanza» del ciberespacio, han alcanzado una relevancia tan estratégica. Esta nueva centralidad de lo cultural viene ratificada por la noción de *soft power*, cualquier forma de poder que no recurre a la fuerza y participa de la capacidad que posee la potencia hegemónica para fijar el orden del día de tal forma que modela las preferencias de las otras naciones. Inconcebible sin el auge del arma cultural, informacional y lingüística, el *soft power*, eufemismo que habría que traducir por la expresión menos blanda de «dispositivo de violencia simbólica», ve cómo se le asigna la tarea de cultivar el deseo de un orden planetario estructurado conforme a los valores del *global democratic marketplace*. El control de las nuevas redes, la *information dominance*, permitirá rentabilizar las inversiones en materia de representaciones del mundo que, desde hace más de medio siglo —en ocasiones, y muy especialmente en tiempos de crisis, por medio de la propaganda, la mayoría de las veces de forma metabólica, como un recurso natural del sistema social y al margen de cualquier complot—, dicha «cultura global» ha realizado a lo largo y ancho del mundo, «alfabetizando» a los consumidores, socializándolos con un

modo de vida «global». El hecho de que la destilación ordinaria de estos valores orientados también haya engendrado antidotos, réplicas o aculturaciones contradictorias nada le resta al hecho de la instauración de una mentalidad colectiva, de un horizonte de crecientes expectativas y frustraciones.

Por el contrario, las luchas sociales y políticas iniciadas por los movimientos antiglobalización, por su parte, han puesto a la cultura y a la diversidad cultural en medio de su camino hacia «otro mundo posible». Al no ser la cultura una mercancía como las demás, estos nuevos protagonistas de vocación planetaria pero anclados en un lugar sociohistórico exigen que también sea considerada como «bien público común» a semejanza de la educación, del medio ambiente, del agua y de la salud. Resulta significativo que la cultura, lo mismo que la agricultura, se hayan convertido, ambas, en sectores altamente sensibles del debate en el seno del nuevo ciclo de negociaciones lanzado en 1999 por la OMC. Más allá de sus implicaciones económicas, la soberanía o la seguridad alimentaria y la excepción o la diversidad cultural afectan directamente al modo de organización de las sociedades, a sus formas de vida. Por esta razón es por lo que el movimiento de los movimientos sociales las considera a ambas como luchas culturales de pleno derecho. Abren estrategias de ocupación de un espacio de reflexión e intervenciones que las concepciones economicistas de la cultura y del cambio social habían dejado vacío. La salida de la atonía política que ilustran las movilizaciones contra la mundialización ultraliberal, con sus pulsiones de guerra global y de control total, los fracasos a los que las políticas de reajuste estructural tienen que hacer frente, también han afectado, en todas las latitudes, a las condiciones de trabajo de los investigadores, al someterles nuevos cuestionamientos y reabrir posibilidades de articulación entre trabajo intelectual y compromiso social que se creían desaparecidas.

El análisis de lo cultural sigue siendo una prioridad en el mundo tal como es. Tres deseos, no necesariamente piadosos, sugieren la forma en que los renovados estudios culturales pueden consagrarse a ello. El primero sería el de reconciliarse con

el «materialismo cultural» explorado por E. P. Thompson y R. Williams, articular la sutileza de las topologías de lo simbólico con esos principios de realidad que son lo sociológico y lo económico. El segundo sería el de romper con todos los postacademicismos, aceptar el reto de la ruptura con las modas teóricas y los objetos rutinizados. El último sería el de abrirse al *aggiornamento* de las líneas y fronteras disciplinares que requieren tanto la evolución del mundo como la de los territorios universitarios.

Bibliografía

El asterisco * indica obras que constituyen «clásicos» o referencias especialmente concluyentes dentro de la producción de los *Cultural Studies* o relacionados con éstos.

- Ahaerne, J., *Michel de Certeau: Interpretation and its Others*, Cambridge, Polity Press, 1995.*
- Allasuotari, P., «Cultural Studies as a Construct», *European Journal of Cultural Studies*, vol. 2, nº 1, 1999, págs. 65-89.
- Ang, I., *Watching «Dallas»*, Londres, Methuen, 1985a.*
- , «The Battle between Television and its Audience: The Politics of Watching Television», en R. Patterson y P. Drummond (comps.), *Television in Transition*, Londres, British Film Institute, 1985b.
- , «Culture and Communication: Towards an Ethnographic Critique of Media Consumption in the Transnational Media System», *European Journal of Communication*, vol. 5, 1990, págs. 239-260.
- , *Living Room Wars: Rethinking Media Audiences for a Postmodern World*, Londres, Routledge, 1996.

- Ang, I. y J. Hermes, «Gender and/in Media Consumption», en J. Curran y M. Gurevitch (comps.), *Mass Media and Society*, Londres, Arnold, 1991.
- Arnold, M., *Culture and Anarchy an Other Writings* (1869), Cambridge University Press, 1993.
- Augé, M., *Pour une anthropologie des mondes contemporains*, París, Aubier, 1994 (trad. cast.: *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*, Barcelona, Gedisa, 1995).
- Barker, C., *Cultural Studies: Theory and Practice*, Londres, Sage, 2000.
- Beaud, P., *La Société de connivence: Média, médiations et classes sociales*, París, Aubier, 1984.
- Becker, H., *Outsiders* (1963), París, Métailié, 1985.
- Beverly, J., *Subalternity and Representation*, Durham y Londres, Duke University Press, 1999.*
- Blundell, V., J. Shepherd e I. Taylor (comps.), *Relocating Cultural Studies: Developments in Theory and Research*, Londres, Routledge, 1993.
- Bourdieu, P., *La Distinction: Critique sociale du jugement*, París, Minuit, 1979 (trad. cast.: *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1995).
- Bourdieu, P. y J. Coleman (comps.), *Social Theory for a Changing Society*, Boulder, Westview Press, 1991.
- Bourdieu, P. y L. Wacquant, «La vulgate planétaire», *Le Monde diplomatique*, abril de 2000.
- Brantlinger, P., *Crusoe's Footprints: Cultural Studies in Britain and America*, Londres, Routledge, 1990.*
- Bricmont, J. y A. Sokal, *Impostures intellectuelles*, París, Odile Jacob, 1997 (trad. cast.: *Imposturas intelectuales*, Barcelona, Paidós, 2002).
- Brown, M. E. (comp.), *Television and Women's Culture: The Politics of Popular*, Londres, Sage, 1990.
- Brunsdon, C., J. D'Acci y L. Spigel (comp.), *Feminist Television Criticism*, Oxford, Clarendon Press, 1997.*
- Brunsdon, C. y D. Morley, *The «Nationwide» Studies*, Londres, Routledge, 1999.*
- Carlyle, T., *Lectures on Heroes, Hero-Worship and the Heroic in History* (1840), Oxford, The Clarendon Press, 1910 (trad. cast.: *Los héroes*, Barcelona, Iberia, 1984).
- Casanova, P., *La République mondiale des lettres*, París, Seuil, 1999 (trad. cast.: *La república mundial de las letras*, Barcelona, Anagrama, 2001).

- Center For Contemporary Cultural Studies, *The Empire Strikes Back: Race and Racism in 70's Britain*, Londres, Hutchinson, 1982.*
- Certeau, M. de, *L'Invention du quotidien: Arts de faire*, París, Éditions 10/18, 1980.
- Chaney, D., *The Cultural Turn: Scene-setting Essays on Contemporary Cultural History*, Londres, Routledge, 1994.*
- Cohen, J., «La "latinisation" des États-Unis: clivages sociaux et faux-semblants culturels», *Actuel Marx*, n° 27, 2000.
- Cohen, S., *Folk Devils and Moral Panics: The Invention of the Mods and Rockers* (1972), Londres, Blackwell, 1987.
- Cohen, S. y L. Taylor, *Escape Attempts: The Theory and Practice of Resistance to Everyday Life* (1976), Londres Routledge, 1992.
- Collini, S., *Public Moralists: Political Thought and Intellectual Life in Britain, 1850-1930*, Oxford, Clarendon Press, 1991.
- Constant, F., *Le Multiculturalisme*, París, Flammarion, 2000.
- Cuche, D., *La Notion de culture dans les sciences sociales* (1996), nueva edición, La Découverte, «Repères», 2001.
- Dahlgren, P., «What's the Meaning of This? Viewers Plural Sense-making of TV News», *Media, Culture and Society*, vol. 10, n° 3, 1988, págs. 285-301.
- Davies, I., *Cultural Studies and Beyond: Fragments of Empire*, Londres, Routledge, 1995.
- Dixon, K., *Les Évangélistes du marché: Les intellectuels britanniques et le néo-libéralisme*, París, Raisons d'agir, 1998.
- Dorfman, A. y A. Mattelart, *Para leer al Pato Donald*, Chile, Ediciones universitarias de Valparaíso, 1971.
- During, S., *The Cultural Studies Reader*, Londres, Routledge, 1999.
- Eagleton, T., *Critique et théorie littéraires: une introduction* (1983), París, PUF, 1994.
- Esteinou, J., «Investigación de la comunicación, leyes de mercado y final de siglo», Guadalajara, *Comunicación y Sociedad*, n° 30, 1997.
- Feld, C., *Del estrado a la pantalla: las imágenes del juicio a los ex-comandantes en Argentina*, Buenos Aires y Madrid, Siglo XXI, 2002.
- Ferguson, M. y P. Golding (comps.), *Cultural Studies in Question*, Londres, Sage, 1997.
- Ferro, M., «Le futur au miroir du passé», *Le Monde diplomatique*, septiembre de 1999.
- Fiske, J., *Television Culture*, Londres, Methuen, 1987.

- Follari, R. A., *Teorías débiles*, Homo Sapiens, Rosario, 2003.
- Ford, A., *La marca de la bestia*, Buenos Aires, Norma, 1999.
- Frith, S., *Sound Effects Youth, Leisure and the Politics of Rock'n'roll*, Londres, Constable, 1993.*
- Gallagher, M., «Women and Men in the Media», *Communication Research Trends*, vol. 12, n° 1, 1992.
- Gamman, L. y M. Marshment (comps.), *The Female Gaze: Women as Viewers of Popular Culture*, Londres, Women's Press, 1988.
- Garnham, N., «Contribution to a Political Economy of Mass-communication», *Media, Culture and Society*, vol. 1, n° 2, 1979.
- , «Toward a Theory of Cultural Materialism», *Journal of Communication*, vol. 33, n° 3, 1983.
- Garnham, N. y R. Williams, «Pierre Bourdieu and the Sociology of Culture: an Introduction», *Media, Culture and Society*, vol. 2, n° 3, 1980.
- Gartman, D., *Auto Opium: A Social History of American Automobile Design*, Londres, Routledge, 1994.
- Geertz, C., *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, Basic Books, 1973 (trad. cast.: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 2000).*
- Gilroy, P., *There Ain't no Black in the Union Jack*, Londres, Hutchinson, 1987.*
- , *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*, Londres, Verso, 1993.*
- Gitlin, T., «Media Sociology: The Dominant Paradigm», *Theory and Society*, vol. 6, 1978, págs. 205-253.
- Goldthorpe, J. y D. Lockwood, *L'Ouvrier de l'abondance* (1968), París, Seuil, 1972.
- Gregory, D. y J. Urry, *Social Relations and Spatial Structures*, Londres, McMillan, 1985.
- Grignon, C. y J. C. Passeron, *Le Savant et le Populaire*, París, Seuil-Gallimard, 1989 (trad. cast.: *Lo culto y lo popular*, Madrid, Endymion, 1992).
- Gripsrud, J., *The «Dynasty» Years, Hollywood Television and Critical Media Studies*, Londres, Routledge, 1995.
- Grossberg, L., «The Space of Culture, the Power of Space», en I. Hambers y L. Curti (comps.), *The Post-Colonial Question*, Londres, Routledge, 1996.
- Guinsberg, E., «Los estudios e investigaciones en comunicación en nuestros tiempos neoliberales y posmodernos», *Anuario de la investigación de la comunicación 2000*, México, CONEICC, 2001.

- Hall, S., «Codage-décodage» (1977), *Réseaux*, n° 68, 1994, págs. 27-39.
- Hall, S. y T. Jefferson (comps.), *Resistance Through Rituals* (1993), Londres, Routledge, 1975.*
- Hall, S., C. Critcher y T. Jefferson, *Policing the Crisis: «Mugging», the State and Law and Order*, Londres, Macmillan, 1978.*
- Hall, S., D. Hobson, A. Lowwe y P. Willis (comps.), *Culture, Media, Language*, Londres, Hutchinson, 1980.*
- Hall, S. y M. Jacques (comps.), *New Times: The Changing Face of Politics in the 1990's*, Londres, Lawrence and Wishart, 1990.
- Hall, S. y P. Du Gay (comps.), *Questions of Cultural Identity*, Londres, Sage, 1996.
- Hebdige, D., *Subcultures: The Meaning of Style*, Londres, Methuen, 1979.*
- , *Hiding in the Light*, Londres, Routledge, 1988.
- Hermès, «À la recherche du public», n° 11-12, 1993.
- , «Amérique latine, cultures et communication», n° 28, 2001.
- Hoggart, R., *La culture du pauvre* (1957; presentación de J. C. Passeron), París, Minuit, 1970.*
- , *Speaking to Each Other*, vol. 1, *About Society*, Londres, Pelican Books, 1973.
- , 33, *Newport Street*, París, Gallimard-Seuil, 1991.*
- Hooks, B., *Outlaw Culture*, Londres, Routledge, 1994.
- Jacks, N. y T. Tufte, «Entrevista con James Lull», Buenos Aires, *Causas y Azares*, n° 7, 1998.
- Jelin, E., *Los trabajos de la memoria*, Buenos Aires y Madrid, Siglo XXI, 2002.
- Jennings, H., *Pandaemonium*, Londres, Papermac, 1985.
- Jouet, J., «Retour critique sur la sociologie des usages», *Réseaux*, n° 100, 2000, págs. 487-521.
- Kaliman, K. J., «Sobre la definición de lo "interesante" en los estudios culturales latinoamericanos», *Barcelona y Buenos Aires, Voces y culturas*, n° 16, 2000.
- Katz, E., «À propos des médias et de leurs effets», en L. Sfez y G. Coutlee (dirs.), *Technologies et symboliques de la communication*, Grenoble, PUG, 1990.
- Katz, E. y T. Liebes, *The Export of Meaning: Cross-Cultural Readings of «Dallas»*, Londres, Polity Press, 1993.
- Kenny, M., *The First New Left: British Intellectuals after Stalin*, Londres, Lawrence and Wishart, 1995.
- Laclau, E. y C. Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy*, Londres, Verso, 1985 (trad. cast.: *Hegemonía y estrategia socialista: ha-*

- cia una radicalización de la democracia, Madrid, Siglo XXI, 1987).
- Leavis, F. R. y D. Thompson, *Culture and Environment*, Londres, Chatto and Windus, 1932.*
- Lepennies, W., *Les Trois Cultures* (1985), Éditions de la Maison des Sciences de l'homme, 1991.
- Lewis, J., *Cultural Studies: The Basics*, Londres, Routledge, 2002.
- Lull, J., «The Social Uses of Television», *Human Communication Research*, vol. 6, nº 3, 1980.
- , (comp.), *World Families Watch Television*, Londres, Sage, 1988.
- , *Inside Family Viewing: Ethnographic Research on Television's Audiences*, Londres, Routledge, 1990.
- Martín Barbero, J., *De los medios a las mediaciones: Comunicación, cultura y hegemonía*, Barcelona y México, Gustavo Gili, 1987.
- Mattelart, A., *La Communication-monde*, París, La Découverte, 1992 (trad. cast.: *La comunicación-mundo: Historia de las ideas y de las estrategias*, Madrid, Fundesco, 1993; y México, Siglo XXI, 1996).
- , *Histoire de l'utopie planétaire. De la cité prophétique à la société globale*, París, La Découverte, 1999; Livre de Poche, 2000 (trad. cast.: *Historia de la utopía planetaria: de la ciudad profética a la ciudad global*, Barcelona, Paidós, 2000).
- Mattelart, A. y M. Mattelart, *Penser les médias*, París, La Découverte, 1986 (trad. cast.: *Pensar sobre los medios*, Madrid, Fundesco, 1987; Santiago de Chile, LOM, 2000).
- , *Histoire des théories de la communication* (1995), París, La Découverte, «Repères», 3ª ed., 2002 (trad. cast.: *Historia de las teorías de la comunicación*, Barcelona, Paidós, 1997).
- , *Le carnaval des images: La fiction brésilienne*, París, INA/Documentation française, 1987 (trad. cast.: *El carnaval de las imágenes*, Madrid, Akal, 1988).
- Mattelart, M., *Women, Media and Crisis*, Londres Comedia, 1986.
- , «Femmes et médias: retour sur une problématique», *Réseaux*, nº 120, 2003.
- Mattelart, M. y Piccini, M., «La televisión y los sectores populares», Buenos Aires, *Comunicación y cultura*, nº 2, 1974.
- Mattelart, T. (dir.), *La Mondialisation des médias contre la censure*, París y Bruselas, INA-De Boeck, 2002.
- McRobbie, A., *British Fashion Design: Rag Trade or Image Industry*, Londres, Routledge, 1998.*

- Media, Culture and Society*, «“Globalization” and Identity», vol. 24, nº 5, 2002.
- Mellor, A., «Discipline and Punish? Cultural Studies at the Crossroads», *Media, Culture and Society*, vol. 14, 1992, págs. 663-670.
- Mercer, K., *Welcome to the Jungle*, Londres, Routledge, 1994.
- Miège, B., *Les Industries du contenu face à l'ordre communicationnel*, Grenoble, PUG, 2000.
- Mignolo, W. D., «Los estudios subalternos ¿son posmodernos o poscoloniales? La política y las sensibilidades de las ubicaciones geoculturales», *Casa de las Américas*, nº 204, 1996.
- Milliband, R. y L. Panitch (comps.), *The Retreat of the Intellectuals*, Londres, Merlin Press, 1990.
- Mills, C. W., *L'imagination sociologique* (1958), París, Maspéro, 1967; La Découverte, 1997 (trad. cast.: *La imaginación sociológica*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1999).
- Moore, S., *Interpreting Audiences*, Londres, Sage, 1993.
- Morley, D., *Family Television: Cultural Power and Domestic Leisure*, Londres, Methuen, 1986.
- , *Television Audiences and Cultural Studies*, Londres, Routledge, 1992 (trad. cast.: *Televisión, audiencias y estudios culturales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996).*
- , «Active Audience Theory: Pendulums and Pitfalls», *Journal of Communication*, nº 4, 1993, págs. 13-19.
- , «Belongings: Place, Space and Identity in a Mediated World», *European Journal of Cultural Studies*, vol. 4, nº 4, 2001, págs. 425-448.
- Morley, D. y K. Robins, *Spaces of Identity*, Londres, Routledge, 1995.
- Morley, D. y Kuang-Hsing Chen (comps.), *Stuart Hall: Critical Dialogues in Cultural Studies*, Londres, Routledge, 1996.
- Morris, M., «Politics Now (Anxieties of a Petit-Bourgeois Intellectual)», *Framework*, nº 32-33, 1986.
- Morris, W., *L'Âge de l'ersatz et autres textes contre la civilisation moderne*, París, Éditions de l'Encyclopédie des nuisances, 1996.
- Mosco, V., *The Political Economy of Communication*, Londres, Sage, 1996.
- Mulvey, L., «Virtual Pleasure and the Narrative Cinema», *Screen*, vol. 16, nº 3, 1975.*
- Munt, I., «The “Other” Postmodern Tourism», *Theory, Culture and Society*, vol. 11, nº 3, 1994, págs. 101-123.

- Neveu, E., *L'Idéologie dans le roman d'espionnage*, París, Presses de Sciences Po, 1985.
- , *Sociologie des mouvements sociaux*, París, La Découverte, «Repères», 3ª ed., 2002a (trad. cast.: *Sociología de los movimientos sociales*, Barcelona, Hacer, 2002).
- , «La ligne Paris-Londres des *Cultural Studies*: une voie à sens unique?», *Bulletin de l'Association pour le développement de l'histoire culturelle*, nº 2, 2002b, págs. 19-34.
- Orozco Gómez, G (comp.), *Miradas latinoamericanas a la televisión*, México, Universidad Iberoamericana, 1966.
- Pasquier, D., *La Culture des sentiments: L'Expérience télévisuelle des adolescents*, París, Éditions de la MSH, 1999.
- Passeron, J. C. (dir.), *Richard Hoggart en France*, París, Éditions du Centre Pompidou/BPL, 1999.*
- Pickering, M. y D. Chaney, «Democracy and Communication: Mass Observation 1937-1943», *Journal of Communication*, vol. 36, 1986, nº 1.
- Piemme, J. M., *La Télévision comme on la parle*, París-Bruselas, Nathan-Labor, 1980 (trad. cast.: *La televisión, un medio en cuestión*, Barcelona, Fontanella, 1980).
- Radway, J., *Reading the Romance/Women, Patriarchy and Popular Literature*, University of North California Press, 1984.*
- Reguillo, R., *La construcción simbólica de la ciudad: Sociedad, desastre y comunicación*, Guadalajara, Iteso/México, Universidad Iberoamericana, 1996.
- , «El oráculo en la ciudad: creencias prácticas y geografías simbólicas», Lima, *Dia-Logos*, nº 49, 1997a.
- , «Más allá de los medios: Diez años después», *Comunicación y Sociedad*, nº 30, México, Universidad de Guadalajara, 1997b.
- Réseaux*, «Les "Cultural Studies"», nº 80, 1996.*
- Roach, C., «Cultural Imperialism and Resistance», *Media, Culture and Society*, vol. 19, 1997, págs. 47-66.
- Roach, J., «Material Girls: Madonna and "Women Beware Women"», *Continuum*, vol. 7, nº 2, 1994.
- Robins, K., «Althusserian Marxism and Media Studies: The case of *Screen*», *Media, Culture and Society*, vol. 1, 1979, págs. 355-370.
- , «Au-delà de la communauté imaginée? Les médias transnationaux et les migrants turcs en Europe», *Réseaux*, nº 107, 2001, págs. 19-39.*
- Robins, K. y F. Webster, «Science, Poetry and Utopia. Humphrey Jennings' *Pandaemonium*», *Science as Culture*, nº 1, 1987.*

- Robins, K. y A. Aksoy, «Thinking Across Spaces: Transnational Television From Turkey», *European Journal of Cultural Studies*, vol. 3, nº 3, 2000, págs. 343-365.
- Roig, A. A., «Postmodernismo: paradoja e hipérbole: Identidad, subjetividad e historia de las ideas desde una filosofía latinoamericana», *Casa de las Américas*, nº 213, 1998.
- Sarlo, B., «Entrevista», Buenos Aires, *Causas y Azares*, nº 6, 1997.
- Schlesinger, P., «Repenser la sociologie du journalisme», *Réseaux*, nº 51, 1990, págs. 75-98.
- Schmucler, H., *Memoria de la comunicación*, Buenos Aires, Biblos, 1997.
- Schröder, K. C., «Making Sense of Audience Discourses: Towards a Multidimensional Model of Mass Media Reception», *European Journal of Cultural Studies*, vol. 3, nº 2, 2000, págs. 233-258.
- Shields, R., *Lifestyle Shopping: The Subject of Consumption*, Londres, Routledge, 1992.
- Snow, C. P., *The Two Cultures and the Scientific Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1960.
- Société*, «Wanted Dead or Alive: guerre au terrorisme ou guerre totale?», nº 22, 2002, Montreal.
- Solomianski, A., *Identidades secretas: la negritud argentina*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 2003.
- Souchon, M., *La Télévision des adolescents*, París, Éditions Ouvrières, 1969.
- Steele, T., *The Emergence of Cultural Studies 1945-65: Cultural politics, Adult Education and the English Question*, Londres, Lawrence and Wishart, 1997.*
- Storper, M., «The Poverty of Radical Theory Today: From the False Promises of Marxism to the Mirage of the Cultural Turn», *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 25, nº 1, 2001, págs. 155-179.
- Temps Modernes, Les*, «Démocratie et minorités ethniques», nº 540-541, 1991.
- Thiesse, A. M., *La Création des identités nationales*, París, Seuil, 1999.
- Thompson, E. P., *William Morris: Romantic to Revolutionary* (1955), Londres, Merlin, 1976 (trad. cast.: *William Morris: de romántico a revolucionario*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, 1988).*
- , *La Formation de la classe ouvrière britannique* (1963), París, Gallimard, Seuil, 1988 (trad. cast.: *La formación histórica de la clase obrera: 1780-1832*, Barcelona, Laia, 1977).*

- , *Wighs and Hunters*, Harmondsworth, Penguin, 1975.*
- , *The Poverty of Theory*, Nueva York, Monthly Review Press, 1978.
- , *Customs in Common*, Londres, Merlin, 1991 (trad. cast.: *Cos-tumbres en común*, Barcelona, Crítica, 2000).*
- Urry, J., *The Tourist Gaze*, Londres, Sage, 1990.
- Vassallo de Lopes, M. I. y otros (comps.), *Vivendo com a telenove-la*, São Paulo, Summus, 2002.
- Wiswanathan, G., *Mask of Conquest*, Nueva York, Columbia Uni-versity Press, 1990.
- Wacquant, L., «Les dessous de l'affaire Sokal», *Liber*, n° 30 y n° 31, 1997.
- Wermuth, M., «Meanwhile, at the Other Side of the Ocean», *Euro-pean Network for Cultural and Media Studies*, revista anual, Amsterdam, 1996.
- Whyte, W., *Street Corner Society* (1943), París, La Découverte, 1995; ed. bolsillo, 2002.
- Wiener, M. J., *English Culture and the Decline of the Industrial Spi-rit 1850-1980*, Harmondsworth, Penguin, 1985.
- Williams, R., *The Long Revolution*, Columbia University Press, 1961.
- , *Culture and Society. 1780-1950* (1958), Nueva York, Harper and Row, 1966.*
- , *Communications*, Harmondsworth, Penguin, 1962.
- , *Television: Technology and Cultural Form*, Londres, Fontana, 1974. (Un capítulo ha sido publicado con el título de «La tecnolo-gía y la sociedad» en *Causas y Azares*, n° 4, Buenos Aires, 1996.)*
- , *Marxism and Literature*, Londres, Oxford University Press, 1977 (trad. cast.: *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1997).
- Willis, P., *Learning to Labour: How Working-Class Kids Get Wor-king-Class Jobs*, Nueva York, Columbia University Press, 1977 (trad. cast.: *Aprendiendo a trabajar*, Tres Cantos, Akal, 1988).*
- , *Profane Culture*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1978.*
- Women's Studies Group/CCCS, *Women Take Issue*, Londres, Hut-chinson, 1978.*
- Wood, B., «Stuart Hall's Cultural Studies and the Problem of Hege-mony», *British Journal of Sociology*, vol. 49, n° 5, 1998, págs. 399-413.
- Yúdice, G., *El recurso de la cultura: Usos de la cultura en la era global*, Barcelona, Gedisa, 2002.
- Zukin, S., *The Cultures of Cities*, Oxford, Blackwell, 1995.

Índice de nombres

- | | |
|--|---|
| Acci(d'), Julie, 118 | Brown, Mary Elen, 89 |
| Ahaerne, Jeremy, 100 | Brundson, Charlotte, 49, 58, 81, 139, 140 |
| Aksoy, Asu, 153, 156 | |
| Alasuutari, Perti, 109 | |
| Anderson, Perry, 44 | Carlyle, Thomas, 20, 22, 34, 35, 41 |
| Ang, Len, 80, 84, 89, 96, 97, 99, 103, 104, 127 | Casanova, Pascal, 21 |
| Arnold, Matthew, 25, 26, 27, 28, 32, 35, 41 | Certeau, Michel de, 100, 116, 119 |
| Augé, Marc, 15 | Chaney, David, 37, 111 |
| | Cohen, James, 156 |
| | Cohen, Phil, 49, 52, 68 |
| Barker, Chris, 123 | Cohen, Stanley, 55, 56, 62 |
| Barthes, Roland, 67, 89, 116, 126 | Collini, Stefan, 31 |
| Beaud, Paul, 102 | Constant, Fred, 155 |
| Becker, Howard, 53, 64 | Corrigan, Paul, 53 |
| Beverley, John, 142 | Critcher, Cas, 49, 64, 74 |
| Blundell, Valda, 47 | Cuche, Denis, 13 |
| Bourdieu, Pierre, 69, 71, 91, 116, 118, 119, 124, 133, 155 | Curran, James, 102 |
| Brantlinger, Patrick, 46, 139 | |
| Bricmont, Jean, 132 | Dahlgren, Peter, 141 |
| | Davies, Loan, 43, 45, 139 |

- Dorfman, Ariel, 150
 During, Simon, 124
- Eagleton, Terry, 28, 33, 34
 Esteinou, Javier, 128
- Feld, C., 129
 Ferguson, Marjorie, 131, 138
 Fiske, John, 83, 151
 Follari, R.A., 128
 Ford, Anibal, 128
 Frith, Simon, 49, 57
- Gallagher, Margaret, 90
 Gamman, Lorraine, 88
 García Canclini, Néstor, 119
 Garnham, Nicholas, 69, 72
 Gartman, David, 157
 Geertz, Clifford, 14, 62, 124
 Gilroy, Paul, 49, 58, 71, 142, 149
 Gitlin, Todd, 102, 131
 Golding, Peter, 131, 138
 Goldthorpe, John, 53
 González, Jorge, 119
 Gregory, Derek, 156
 Grignon, Claude, 60, 70
 Gripsrud, Jostein, 141
 Grossberg, Lawrence, 47, 95, 130
 Guinsberg, Enrique, 128
- Hall, Stuart, 42, 44, 45, 48, 51, 52, 53, 56, 57, 58, 61, 64, 73, 74, 80, 81, 82, 86, 90, 91, 92, 94, 104, 126
 Hebdige, Dick, 49, 55, 58, 62, 68, 80, 86, 94, 111, 126
 Hobson, Dorothy, 49, 58, 139
 Hoggart, Richard, 36, 41, 44, 48, 49, 52, 62, 68, 73, 80, 91, 116, 119
 hooks, bell, 152
 Jacques, Martin, 52, 86
- Jefferson, Tony, 49, 55, 67
 Jelin, E., 129
 Jennings, Humphrey, 37
 Jouët, Josianne, 117
- Kaliman, Ricardo, 122
 Katz, Elihu, 83, 85, 99, 101, 102, 103
 Kenny, Michael, 43
 Kuan-Hsing Chen, 44, 51, 66
- Laclau, Ernesto, 66
 Le Grignou, Brigitte, 84, 85
 Leavis, Frank R., 33, 35, 36, 39, 41, 48, 72
 Lepennies, Wolf, 32
 Lewis, Jeff, 123, 124
 Liebes, Tamar, 83, 85, 99, 101, 104
 Lockwood, David, 53
 Lowe, Andrew, 49, 57
 Lull, James, 83, 121
- Marshment, Margaret, 88
 Martín Barbero, Jesús, 119
 Mattelart, Armand, 31, 96, 98, 105, 150, 151
 Mattelart, Michèle, 88, 96, 98, 105, 119, 140
 Mattelart, Tristan, 105
 McRobbie, Angela, 49, 139, 149
 Mellor, Adrian, 126
 Mercer, Kobena, 142
 Miège, Bernard, 105
 Mignolo, Walter, 142
 Mills, Charles Wright, 63
 Moores, Shaun, 81
 Morley, David, 44, 49, 51, 66, 81, 83, 85, 93, 99, 101, 104, 133, 134, 139, 154
 Morris, Meaghan, 89
 Morris, William, 30, 31, 35, 37, 41, 89

- Mosco, Vincent, 105
 Mouffe, Chantal, 66
 Mulvey, Laura, 88
 Munt, Ian, 112
- Neveu, Érik, 62, 116
- Orozco Gómez, Guillermo, 119
 Ortiz, Renato, 119
- Pasquier, Dominique, 117
 Passeron, Jean-Claude, 39, 60, 70, 116
 Piccini, Mabel, 119
 Pickering, Michael, 37
 Piemme, Jean-Marie, 103
- Radway, Janice, 99, 139, 140
 Reguillo, Rossana, 119, 128
 Roach, Colleen, 104
 Roach, Joseph, 150
 Robins, Kevin, 23, 37, 67, 103, 153, 156
 Roig, Arturo Andrés, 122
- Sarlo, Beatriz, 119
 Saville, John, 90
 Schlesinger, Philip, 75, 122
 Schmucler, Héctor, 127
 Schröder, Kim Christian, 141
 Shields, Rob, 133
 Snow, Charles Percy, 23
 Sokal, Alan, 130, 131
- Solomianski, Alejandro, 142
 Souchon, Michel, 117
 Spigel, Lynn, 140
 Steele, Tom, 29, 35
- Thiesse, Anne-Marie, 21
 Thompson, Denys, 33
 Thompson, Edward P., 32, 40, 42, 44, 59, 60, 65, 67, 68, 71, 72, 93, 116
 Tönnies, Ferdinand, 24
- Urry, John, 156
- Vassallo De Lopes, María Immacolata, 119
- Wacquant, Loïc, 130, 155
 Webster, Frank, 23, 37
 Wermuth, Mir, 94
 Whyte, William, 64
 Wiener, Martin, 23
 Williams, Raymond, 31, 39, 40, 41, 44, 58, 65, 69, 73, 116, 119, 126, 135, 162
 Willis, Paul, 49, 53, 56, 57, 58, 80, 116
 Wiswanathan, Gauri, 29
 Wood, Brennon, 91
- Yúdice, George, 149
 Zukin, Sharon, 157